
Salario contra el trabajo doméstico

Silvia Federici

Ellos dicen que es amor; nosotras, trabajo no pagado.
—Ellos lo llaman frigidez. Nosotras, ausentismo.
—Cada aborto es un accidente de trabajo.
—Neurosis, suicidios, desexualización: enfermedades ocupacionales del ama de casa.
— ¿Más abnegación? Más dinero. Nada será tan poderoso para destruir la capacidad de bálsamo de una sonrisa.

Muchas de las dudas y ambigüedades que se plantean las mujeres cuando se habla de pedir salario por el trabajo doméstico nacen de la tendencia a reducirlo a una cosa, un montoncito de dinero, más que verlo como una perspectiva política. La diferencia entre las dos es enorme. Verlo como "algo", en lugar de una perspectiva, equivale a desligar el resultado final de la lucha, de la lucha misma, y pasar por alto su poder para desmitificar y subvertir el papel al cual las mujeres han estado confinadas en una sociedad capitalista.

Cuando simplificamos el eslogan y no vamos más allá, empezamos a preguntarnos qué diferencia haría un poco de dinero, en nuestras vidas. Podríamos estar de acuerdo en que para un número considerable de mujeres —que no tienen otra posibilidad más que el trabajo en la casa y el matrimonio— esto tendría importancia; pero para las que tienen otras oportunidades: un trabajo profesional, un compañero comprensivo, vida comunal, o la combinación de éstas, parecería que el salario por trabajo doméstico no hace ninguna diferencia. Hay otras formas, supuestamente, para alcanzar una independencia y lo último que quisiéramos para conseguirla sería la de identificarnos como amas de casa, destino forzado peor que la muerte. El problema con esta posición es que las mujeres se imaginan que sólo añade un poco de dinero al tren de vida que llevan.

Se entiende que se pregunten ¿para qué?, con la falsa premisa de que no podremos, al mismo tiempo que obtener ese dinero, revolucionar —en el proceso de lucha— nuestra familia y nuestra fuerza social como mujeres. De hecho, si pensamos que no "necesitamos" ese dinero, es porque hemos aceptado una forma de prostitución del cuerpo y de la mente por la cual recibimos suficiente dinero, de tal manera que esa necesidad se vuelve invisible. Como trataré de demostrar, no sólo el salario por el trabajo doméstico es una perspectiva revolucionaria sino la única perspectiva revolucionaria desde un punto de vista feminista y en último término para toda la clase trabajadora.

"Un trabajo que se hace por amor"

Es importante reconocer que cuando hablamos del trabajo doméstico, no hablamos de cualquier trabajo. Estamos hablando de la manipulación más continua y de la violencia más sutil que el capitalismo haya tenido en contra de cualquier sector de la clase trabajadora. A la esclavitud, tan brutal como fue, por lo menos se le reconocía como tal. Es verdad que, bajo el capitalismo, cada trabajador es manipulado y explotado y que su relación con él está totalmente mistificada. El salario da la impresión de un trabajo justo: trabajas y te pagan; por tanto el jefe y tú son iguales. En realidad el salario, en lugar de pagar por el trabajo que haces, esconde todo aquel no pagado que se suma a las ganancias. Sin embargo, recibir un salario significa que trabajas y que puedes negociar alrededor o en contra de los términos y de la cantidad de salario, de los términos y la cantidad de ese trabajo. Obtener un salario significa entrar en un contrato social que, explotado como puede ser, no hay duda de lo que significa. Trabajas no por que te guste, no porque sea algo inherente o natural en ti, sino porque es la única condición para sobrevivir. Tú no eres ese trabajo. Hoy puedes ser un cartero, mañana un chofer. Lo único que importa es cuánto trabajo haces y cuánto dinero obtienes.

Pero en el caso del trabajo doméstico la situación es muy diferente. La diferencia cualitativa yace en el hecho de que no sólo el trabajo doméstico ha sido impuesto a las mujeres, sino que ha sido transformado en un atributo natural de su personalidad femenina, una necesidad interna, una aspiración que supuestamente nace de lo más profundo de nuestro carácter. El trabajo doméstico tuvo que ser transformado en un atributo natural en vez de ser reconocido como un contrato social,

porque desde los comienzos del capitalismo el trabajo pagado era el que se organizaba fuera de la casa, el de la fábrica. El doméstico estaba destinado a ser un trabajo no asalariado.

Y nadie en sus cabales podía aceptar horas y horas de trabajo no pagado a menos que creyera que era natural, inevitable y hasta satisfactorio. Al mismo tiempo la condición no asalariada del trabajo doméstico ha sido el arma más poderosa para reforzar la creencia común de que *no es trabajo*, previéndose así que las mujeres lucharan contra él, excepto en las peleas privadas de recámaras y cocina que toda la sociedad ridiculiza, minimizando de ese modo a la protagonista de una lucha. En lugar de ser vistas como trabajadoras inconformes con las condiciones de trabajo, se ve a las amas de casa como viejas molonas e histéricas.

Sin embargo, qué tan natural es ser un ama de casa lo demuestra el hecho de que toma por lo menos veinte años de socialización —condicionamiento diario hecho por una madre no asalariada— para preparar a una niña para ese papel, convencerla de que un marido y varios niños es su aspiración máxima en la vida. Aún así, pocas veces tiene éxito. No importa qué tan bien entrenadas estén, pocas mujeres son las que no se sienten burladas una vez que la luna de miel termina y se hallan frente a la comida que hay que preparar y los platos que hay que fregar. Muchas aún tenemos la ilusión de que nos casamos por amor. Muchas reconocemos que nos casamos por dinero y seguridad. Pero hay que aclarar que el dinero involucrado, en la mayoría de los casos, es muy poquito y el trabajo que nos espera es enorme, absorbente y más brutal a medida que nuestra escala social desciende. —Disfruta tu tiempo mientras puedes—, nos dicen las mujeres con más experiencia. A duras penas lo hacemos, la pequeña libertad que podemos disfrutar la ha domesticado una educación que nos enseña a ser dóciles, obedientes y algo más: sacrificadas. Todo lo hacemos por amor. Si no es así, si no te gusta este papel, es tu problema, tu culpa, tu anormalidad.

Debemos admitir que el capitalismo ha tenido mucho éxito al esconder nuestro trabajo. Ha creado una verdadera obra maestra a nuestras expensas: la explotación, lejos de ser concebida como tal, se transforma en un acto de amor. Al negar un salario al trabajo en la casa (a la reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo) y al transformarlo en una amorosa entrega, el capitalismo ha matado varios pájaros de un tiro. Primero que nada, ha tomado una cantidad enorme de trabajo casi gratuitamente. Segundo, se ha asegurado de que las mu-

jeros, lejos de luchar en contra, vean a este trabajo como lo mejor de la vida. (Palabras mágicas: —Sí querida, eres verdaderamente una mujer.) Al mismo tiempo, ha disciplinado al trabajador masculino para que haga a su mujer dependiente de su trabajo y de su salario, atrapándolo en este adiestramiento, al darle una sirvienta para las horas que siguen al duro trabajo en la fábrica o la oficina. De hecho, nuestro papel como mujeres es ése, el de amorosas sirvientas de la "clase trabajadora", o sea de aquellos estratos a los que el capitalismo se vio forzado a ir otorgando más fuerza social. En la misma forma que Dios creó a Eva para complacer a Adán, así el capital creó al ama de casa para servir física, emocional y sexualmente al trabajador masculino: remendar sus calcetines, procrear sus niños y apapachar su ego cuando está deshecho por las relaciones sociales y las de trabajo, son tareas reservadas a las mujeres. No es casual que un gran número de jóvenes tan pronto obtienen un trabajo piensen en casarse. Esto no sucede porque puedan sostener ya una casa, sino porque tener en casa a alguien que cuide de él es la primera condición para poder regresar al otro día a una máquina o a un escritorio. Y las cosas pueden ir mal para el trabajador masculino, pero siempre habrá una mujer esperándole, para asegurarle que todo está bien, que él está bien y ella... más o menos, pero no importa.

Es precisamente esta combinación peculiar de los servicios físicos, emocionales y sexuales, que componen el papel de las mujeres a desarrollar dentro del capitalismo, lo que crea el carácter específico del ama de casa, lo que hace tan difícil una definición, lo que esconde al suyo como trabajo. Cada mujer sabe que su papel es tener un matrimonio feliz para ser una verdadera mujer, desempeñar grandes y pequeños servicios. Y mientras más pobre la familia, mayor la esclavitud de la mujer, y no simplemente por la situación económica. De hecho encontramos el machismo más brutal —generalmente entre las capas más bajas de la clase trabajadora: a más golpes que el hombre tenga en su trabajo, su mujer necesita estar más acostumbrada a recibirlos; cuanto más se le permita recuperar su ego a expensas de ella, ventilando su rabia con golpes y malos tratos cuando está cansado, derrotado en su lucha o frustrado, más necesaria es la capacidad de la mujer para absorber este trato. Cuanto más manipulado y obligado a trabajar —ir a la fábrica ya es en sí una derrota—, más autoritario. Su mujer en casa tiene que aprender a esperar en silencio cuando está de malas; a reconfortarlo cuando maldice; a volverse del otro lado de la cama cuando le dice "hoy estoy muy cansado";

o simplemente a no reclamar cuando en el acto sexual él se viene tan pronto, que ni lo siente. Pero este fraude que toma el nombre de amor y matrimonio nos afecta a todas aún si no estamos casadas, porque una vez que el trabajo doméstico está totalmente naturalizado y sexualizado, una vez que se convierte en un atributo femenino, todas como mujeres estamos caracterizadas por él. Si hacer ciertas cosas es natural, entonces se espera que a todas nos guste y que nos lo propongamos, hasta aquellas que por su situación económica pueden escapar de él —explotando a otra mujer. Podemos no servir a un hombre, pero todas guardamos una relación de sirvientas con respecto al mundo masculino. Esto explica por qué insultar en femenino es degradar.

Una perspectiva revolucionaria

Tomando en cuenta lo anterior, analicemos las implicaciones revolucionarias que tienen las demandas por el salario para el trabajo doméstico. En primer lugar es la demanda por la cual nuestra naturaleza termina y nuestra lucha comienza. *Aspirar a que se nos pague por el trabajo en casa significa rechazar ese trabajo como la expresión de nuestra naturaleza*, por tanto rechazar precisamente ese papel que el capital nos ha impuesto.

Pedir salario por trabajo doméstico será en sí mismo desgastar las expectativas que el capital tiene con respecto a nosotras, la esencia de nuestra socialización. En este sentido es absurdo comparar la lucha de las mujeres por salarios, con la lucha en la fábrica por más salario. El trabajador asalariado al pugnar por más dinero permanece dentro de un *papel social aceptado*. *Cuando nosotras luchamos por un salario, lo hacemos abierta y directamente en contra de un rol socialmente aceptado*. Hay una diferencia cualitativa entre las luchas del trabajador asalariado y las del esclavo, porque un salario vendrá a ser la negación de su esclavitud. Debe quedar claro, sin embargo, que cuando luchamos por un salario no es para estar dentro de las relaciones capitalistas, ya que nunca hemos estado fuera de ellas. Luchamos para romper los planes del capitalismo con respecto a las mujeres, aspecto esencial en la división del trabajo y del poder social dentro de la clase trabajadora, elementos sobre los cuales el capitalismo se ha apoyado para mantener su fuerza. Salarios por el trabajo doméstico es pues una demanda revolucionaria, no porque en sí misma vaya a destruir al capitalismo, sino porque ataca los planes del sistema y fuerza a reestructurar las relaciones sociales en términos más

favorables para las mujeres y en consecuencia más favorables para la unidad de la clase, al tener cada sector de la clase trabajadora elementos de lucha para adquirir fuerza. De hecho pedir salarios por el trabajo doméstico no quiere decir: si nos pagan haremos el trabajo. Precisamente viene a significar lo contrario. Decir que queremos dinero por el trabajo doméstico es el primer paso hacia su rechazo, porque la demanda por un salario hace nuestro trabajo visible, lo cual es condición indispensable para ser capaces de luchar en contra de él, en sus dos aspectos: como trabajo doméstico y en su insidioso carácter, sinónimo de feminidad.

En contra de cualquier acusación de "economicismo", debemos recordar que el *dinero es capital*, o sea es *la fuerza para controlar el trabajo*.

Así, reapropiarse de ese dinero que es fruto del trabajo nuestro —y de generaciones anteriores de mujeres— significa al mismo tiempo minar el poder del capitalismo que exige más trabajo de nosotras. Y no debemos desconfiar del salario para desmitificar nuestra feminidad y hacer visible nuestro trabajo —nuestra feminidad como trabajo— ya que carecer de salario ha sido tan decisivo para configurar nuestro papel y esconder todo el esfuerzo y energía que gastamos. Demandar salarios por trabajo doméstico es hacer visible que nuestra feminidad no es un destino natural sino trabajo forzado y una identidad social impuesta; hacer patente que nuestros cuerpos, mentes, emociones han sido distorsionadas por una función física intransferible, que ha sido restregada como modelo al cual debemos conformarnos si queremos ser aceptadas por esta sociedad.

Decir que queremos dinero por el trabajo doméstico es exhibir el hecho de que el trabajo doméstico es ya dinero para el capital. Que el sistema ha tenido y tiene ganancias por nuestro cocinar, fornicar y sonreír. Al mismo tiempo, mostramos que hemos cocinado, fornicado y sonreído a través de los años, no porque era más fácil para nosotras que para los demás, sino porque no había de dónde escoger. Nuestras caras se han cansado de sonreír; nuestras emociones se han diluido de tanto "amar"; el deseo de ser "superatractivas" nos ha desexualizado.

El salario por el trabajo doméstico es sólo el comienzo, pero su mensaje es claro: ya no garantizamos más pasividad; queremos llamar trabajo a lo que es trabajo, de tal manera que eventualmente redescubramos qué es el amor y crear lo que queramos que sea nuestra sexualidad. Y desde el punto de vista del trabajo, podemos pedir no un salario sino varios, porque hemos sido obligadas a realizar muchos en uno. Somos

sirvientas, prostitutas, enfermeras, esto es la esencia de la esposa abnegada que se festeja el Día de la Madre. Y decimos: no queremos celebrar nuestra explotación, nuestro heroísmo. De hoy en adelante si exigimos dinero por cada cosa que hagamos podremos rechazar algunas de ellas o eventualmente todas. A ese respecto nada puede ser tan efectivo como el mostrar que nuestras virtudes femeninas tienen un valor calculable en dinero. Hasta ahora ha sido sólo valor para el sistema, incrementado en la medida que hemos sido debilitadas; de hoy en adelante va a ser valor contra el capital, incrementado a nuestro favor en la medida que organicemos nuestra fuerza.

La lucha por servicios sociales

Esta es la perspectiva más radical pues aunque pidamos todo: guarderías, iguales oportunidades de acceso al trabajo, clínicas, lavanderías, etc., nunca alcanzaremos un cambio real a menos que atacemos la raíz de nuestro papel femenino. Nuestra lucha por servicios sociales y mejores condiciones de trabajo será frustrada si primero no establecemos que lo que hacemos en casa es trabajo; que a menos que luchemos en contra de esa totalidad, nunca alcanzaremos una victoria obteniendo cualquiera de sus partes. Fracasaremos en la lucha por lavanderías gratuitas o guarderías a menos que primero pugneemos en contra del hecho de que nuestro amor es el precio de ese trabajo que nunca termina y que día a día mutila nuestro cuerpo y nuestra sexualidad, nuestras posibles relaciones en la comunidad; a menos que escapemos primero a ese chantaje por el cual nuestra necesidad de dar y recibir afecto se nos voltea como una obligación, por la cual nos sentimos resentidas con el marido y los hijos, y culpables además por tal resentimiento. Tener un segundo trabajo no ha cambiado nuestro papel fundamental, como lo demuestran tantas mujeres que años y años han trabajado fuera de casa. El segundo trabajo no sólo subraya nuestra explotación sino también reproduce nuestro papel casero en diferentes formas. No tenemos más que voltear la cara para constatar que los trabajos para las mujeres son meras extensiones de la condición de ama de casa con todas las ampliaciones posibles. Esto es, no sólo nos convertimos en enfermeras, sirvientas, maestras, secretarias, sino que se continúa el hilo conductor de la condición del ama de casa: el aislamiento, el hecho de que el bienestar de otras personas dependa de lo que realizamos, la

imposibilidad de registrar dónde empieza y dónde termina el trabajo, dónde termina el trabajo y nuestros deseos comienzan. ¿Traer café y aguantar los comentarios del jefe es parte del trabajo secretarial o es un favor personal? ¿El hecho de preocuparnos por nuestro aspecto externo es una condición de trabajo o es resultado de la vanidad femenina? Como se ha dicho —cuando el mercado de trabajo requiere su presencia—, "Una mujer puede hacer cualquier trabajo sin perder su feminidad", lo que llanamente quiere decir que no importa qué es lo que hagas, no dejarás de ser un coño.

En cuanto a la propuesta para socializar y colectivizar el trabajo doméstico, un par de ejemplos será suficiente para marcar una diferencia entre esas alternativas y la perspectiva de salarios por trabajo doméstico. Una cosa será arreglar el cuidado de los niños como lo queremos y otra muy diferente pedirle al Estado que los controle y discipline no sólo 5, sino 24 horas. Una cosa es organizar comunalmente la forma en que queremos comer y pedir que se pague por ello y otra muy distinta que el Estado organice nuestro menú. En el primer caso mantenemos el control de nuestras vidas, en el otro extendemos el control del Estado sobre todos.

La lucha en contra del trabajo doméstico

Algunas mujeres se preguntan: ¿cómo un salario por el trabajo doméstico cambiará las actitudes de sus maridos hacia ellas? ¿No esperarán mayores tareas una vez que se les pague a las mujeres? Lo que es que ellos pueden esperar tantas cosas de nosotras precisamente porque no se nos paga; ya que asumen que es "cosa de mujeres" y no cuesta mucho esfuerzo. Los hombres son capaces de aceptar nuestros servicios y gozarlos porque asumen que es fácil hacerlo, que nos "realizamos" pues "lo hacemos por su amor". De hecho esperan nuestro agradecimiento por vivir con nosotras, ya que nos brindan la oportunidad de expresarnos como mujeres (o sea servirles). Sólo cuando los hombres vean nuestros "deberes" como trabajo, nuestro "amor" como trabajo, y nuestra determinación para rechazar ambos, cambiarán sus actitudes. Cuando miles de mujeres estén en las calles manifestando que están hartas de la limpieza interminable, del estar emocionalmente dispuestas siempre, de coger a fuerza so pena de perder el empleo, se sentirán amenazados y devaluados como hombres. Esto desde nuestro punto de vista está bien, ya que expone la forma en que el sistema nos ha dividido: disciplinándonos y disciplinándonos en un círculo vicioso. Nosotras, sus muletas, sus cadenas, abriremos el proceso de liberación. En este sentido, salarios por

trabajo doméstico será más educativo que tratar de probar que podemos hacer cualquier cosa mejor que ellos. Dejamos este esfuerzo agotador para las "mujeres de carrera", las mujeres que escapan de su opresión no a través de la unidad y la fuerza de la lucha, sino a través del amo y de poder oprimir, generalmente a otra mujer. Muchas de nosotras hemos cruzado esa frontera y hemos descubierto que los overoles no nos han dado más poder que un delantal; si acaso menos, porque ahora tenemos que usar ambos y hay menos tiempo y energía para luchar en contra de ambos. Lo que tenemos que probar es nuestra capacidad para exponer lo que ya estamos haciendo, lo que el sistema nos tiene asignado y el poder en la lucha que llevemos.

Desgraciadamente muchas mujeres tienen un acercamiento tímido a la perspectiva pues temen identificarse, aunque sea un momento, como amas de casa. Saben que es la posición más endeble en nuestra sociedad y no se dan cuenta de que son amas de casa también. Y ésta es precisamente su debilidad, la que se mantiene y perpetúa a través de la falta de identificación. Queremos y tenemos que decir que todas somos amas de casa, todas prostitutas, porque hasta que reconozcamos nuestra esclavitud no podremos reconocer la lucha en su contra, porque mientras pensemos que somos algo mejor, algo diferente a un ama de casa, estaremos aceptando la lógica del amo, que es la lógica de la división. Todas somos amas de casa, pues no importa dónde estemos, ellos pueden contar con más disponibilidad, con más miedo para darle prioridad a nuestras demandas y menos presión por obtener más dinero, ya que hay algún hombre que se "encarga de nosotras".

Está también el espejismo de que podemos escapar al trabajo doméstico. ¿Cuántas de nosotras lo hemos hecho realmente?, ¿Podemos desechar la idea de vivir con un hombre fácilmente? ¿Qué pasa si perdemos nuestro empleo? ¿Qué con el envejecimiento y la pérdida del mínimo poder que da la juventud (productividad) y el atractivo (productividad femenina)? Y acerca de los niños, ¿nos pesará haber escogido no tenerlos, no habiendo, siquiera sido capaces de hacernos realmente la pregunta? ¿Nos podemos permitir únicamente relaciones homosexuales? ¿Estamos dispuestas a pagar el posible precio del aislamiento y la exclusión? ¿Podemos tener relaciones verdaderas con los hombres?

La cuestión es: ¿por qué éstas son nuestras únicas alternativas y qué clase de lucha nos llevará más allá de ellas?

Traducción: Marta Acevedo